Miércoles, 13 de julio de 2022

APARICIÓN DE LA VIRGEN MARÍA EN LA CASA SANTA ISABEL, LUANDA, ANGOLA, AL VIDENTE FRAY ELÍAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Hoy, Mi Corazón se abre para recibirlos a todos, porque en Mi Corazón de Madre está su refugio y su paz.

Hoy, vengo con toda la Luz del Cielo, con la Luz de todas las estrellas y soles, con el poder de toda la Creación para derramar Mis Gracias sobre ustedes y el mundo y, especialmente, para hacerle recordar a la humanidad su deuda espiritual con África, que aún deberá ser saldada por todos. Porque este continente y todas sus almas deberán resurgir en la esperanza y en la fe de esperar la Llegada de Cristo, algún día.

Por eso, hoy estoy aquí con ustedes, para confirmarles su salvación y su gran momento de redención.

Yo estoy aquí para poder abrazarlos y contenerlos, para que sientan el latir de Mi Corazón de Madre, un latir que siempre está con ustedes, que los comprende y que los acepta, que los recibe y que los ama, así como Dios los ama en esencia y en espíritu.

Por esa razón, estoy aquí, hijos Míos, no solo para bendecir su casa, sino también para bendecir a toda África; para retirar del sufrimiento y del cautiverio espiritual a cuantos están dentro de él, en muchos lugares de este continente. Por eso, Soy la Madre de todos, la Señora de África, la Coronada de Estrellas, la que tiene la Luna a Sus Pies y el rosario entre Sus Manos.

Hoy, he escuchado especialmente sus voces y he sentido profundamente su amor, su fe por Mi Corazón Inmaculado. Esto abre las puertas de los Cielos, a pesar de las condiciones de la superficie. Los corazones a través de las puertas del Cielo son curados y redimidos, y reciben la Gracia que tanto esperan y necesitan en esta hora.

Así como les dije el otro día, hoy les vuelvo a decir que confíen, Mi Hijo ya tiene pensado Su Retorno, el gran momento de Su encuentro con cada uno de ustedes. Por eso, sigan obedientemente las enseñanzas de la cristiandad, el ejercicio poderoso de la oración del corazón.

En estos tiempos difíciles y definitivos, Yo les vengo a pedir, Mis hijos amados, que nunca dejen de construir los puentes entre el Cielo y la Tierra; porque así permitirán que no solo Mi Corazón esté presente entre ustedes, sino que también el Poderoso y Eucarístico Corazón de Mi Hijo pueda estar presente, entre ustedes, para poder protegerlos del mal y de la adversidad, de la falta de paz y de sosiego.

Él Me envía aquí, en este día especial, para reconsagrar sus corazones y sus vidas, para que acepten este camino que hoy les muestro hacia el Reino de Dios. Porque ustedes, a través de su esfuerzo y dedicación en la Obra Redentora de Mi Hijo, han permitido que Yo llegue a África y, a través de aquí, a todo el continente africano.

Piensen por un momento qué es lo que significa que la Virgen de Kibeho, la Madre de África, retorne una vez más a su continente; porque quiero que el mundo entero recuerde lo que aún debe

colaborar y reconstruir en África; porque es una obligación y un compromiso de todos Mis hijos de la Tierra.

Aquí existen tesoros espirituales desconocidos por todos, y hoy revelo esto al mundo entero, para que le den valor y apoyo a toda África. Porque aquí existen corazones muy valiosos, corazones muy esforzados y dedicados para estar al lado de Mi Hijo, en Su Camino de Redención y de Paz.

Su alimento espiritual, en este lugar, ha sido abundante: el alimento de la fe, de la confianza, del amor y de la perseverancia, que ha permitido crear las condiciones necesarias para que esta peregrinación se pudiera cumplir.

Aquellos que aparentemente no tienen nada, tienen la Gracia primera, directamente del Padre Eterno de recibir Su Amor Consolador, Su Amor Compasivo y Su Amor Salvífico, porque la fe de los corazones simples y pobres es verdadera; y es esto lo que transforma al mundo entero.

Hijos Míos, alégrense porque hoy estoy aquí y Soy su Madre.

Hoy, vengo por ustedes y por todos sus hermanos de África; vengo por aquellos que son descartados, esclavizados, oprimidos, rechazados y que están bajo la impunidad de estos tiempos.

Sobre este lugar donde hoy aparezco, en el corazón de esta sagrada casa de Mi prima, Santa Isabel, la Madre de Dios vuelve a pisar la cabeza de la astuta serpiente, para que los corazones se liberen del infierno y las almas sean rescatadas de los abismos de la Tierra, bajo la poderosa intervención de San Miguel Arcángel y de todas Sus Huestes de Luz.

Por eso, ¡alégrense, Mis queridos hijos! Mi Palabra viene a confortarlos y a sanarlos.

Mi Corazón se abre como un sagrado templo para que sus esencias puedan entrar y, una vez más, estar en adoración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; porque esto, una vez más, le permitirá a África y al mundo entero, construir el camino de la paz que está perdida, del amor y de la reconciliación que muchos necesitan.

Extendiendo Mis Brazos y Mis Manos sobre ustedes, Mis hijos, como la Inmaculada Madre de Dios y Señora de toda África, vengo a derramar sobre ustedes Mis Gracias, como un poderoso afluente de Luz y de Misericordia, para que sus secuelas y traumas, dolores y angustias, perturbaciones y caos sean disipados por Mi intercesión.

Acepten esta Luz que hoy les ofrezco.

Coloquen sus manos en señal de recepción y de profunda gratitud para recibir de la Madre Celeste lo que tanto necesitan y aspiran, porque Dios Me ha permitido concederle a cada uno de ustedes una Gracia espiritual, aquella Gracia que hoy no comprenderán pero que algún día sabrán.

Será esa Gracia que hoy les ofrezco que los salvará y los redimirá, que los elevará a Dios como dignos hijos del Padre. Por eso, lleven hacia su corazón esa Gracia y comulguen de Mi Presencia, para que así comulguen de Mi Hijo.

Yo estoy aquí feliz por estar con ustedes y por poder cumplir Mis promesas, así como las promesas de Mi Amado Hijo, que llegará en los próximos días al encuentro de ustedes, para poder abrazarlos con el fuego poderoso de Su Amor y Redención, para que sus almas se puedan elevar, para que sus miradas alcancen el esperanzador horizonte que les trae la Tierra Prometida, la Buena Nueva, el

reencuentro con la Paz y el Amor de Dios.

Confíenle a Mi Corazón todas sus angustias y penas. Confíenle a Mi Corazón todo lo que hoy les sucede y dejen que Yo los pueda transformar, dejen que Yo los pueda consolar. Así como tuve a Mi Hijo Jesús en Brazos, deseo tener a cada uno de ustedes en Mis Brazos.

¿Aceptan esto que hoy les ofrezco?

Los presentes responden: Sí.

No escucho.

Los presentes responden con intensidad: ¡Sí!

Yo sé que lo aceptan, Mis hijos. Por esa razón también estoy aquí, para que esa Gracia los ilumine y los ampare, para que vuelvan a estar en Mi Paz, que es la Paz del Reino de Dios.

De África surgirán las vocaciones para formar parte de la legión de Mi Hijo, para unirse a la Obra de Su Misericordia y Redención. Y esos corazones, que vivirán la vocación hacia la consagración total de sus vidas, algún día, Mis hijos, serán espejos preciosos de Dios que ayudarán a reconstruir espiritualmente a toda África; porque a través de la consagración de la vida y del corazón, el mundo recibe la paz.

En estos últimos cinco años, los acompañé de cerca en cada momento de oración, como en cada momento de tristeza.

Mi Manto siempre estuvo con ustedes y siempre estará sobre ustedes; porque es Mi deber, el deber de una buena y poderosa Madre, unirlos a Dios a través de la Luz de Mi Corazón.

Que este Manto de la Señora de África se extienda a todo este continente, para que más almas y corazones, para que más vidas y consciencias estén protegidas de todo mal por la poderosa espada de San Miguel Arcángel, que siempre los liberará de toda adversidad; porque hoy Él decreta, en el Cielo y en la Tierra, el fin de su cautiverio, y todos Sus Ángeles trabajan para que esa liberación suceda.

Confíen en que esto sucederá y las puertas de la Misericordia se abrirán sobre ustedes y así, como muchos hijos Míos en el mundo entero, verán venir al Hijo del Padre entre las luminosas nubes del Cielo, junto a su Señora y al Arcángel Miguel, en eterno servicio a Dios para poner fin a la oscuridad del planeta y restablecer el Reino de Dios en los corazones.

¡Que así sea!

Desde hace cinco años esperaba este momento, este momento de su consagración a Mi Inmaculado y Materno Corazón.

Los invito a todos a colocarse de pie para que Yo los pueda consagrar como Hijos de María, y que este momento de consagración no solo sea una bendición para ustedes y para el mundo entero, sino una profunda transfiguración de toda África, para que todos Mis hijos de África alcancen los Rayos de la Misericordia de Cristo y despierten en sí mismos los tesoros que Dios les concedió.

Por eso, en este momento,
escucha la voz de Tu Sierva, Adonai,
que clama por estos, Tus hijos,
Tus hijos de África.

Bendícelos, Señor,
con la Luz de Tu Poderoso Espíritu,
así como bendijiste a Tu Esclava
y a los apóstoles de Cristo en Pentecostés.

Derrama los Dones sobre ellos
para que en sus vidas descubran las virtudes y las Gracias
de vivir el compromiso sagrado con Dios,
por el cumplimiento de Su Plan en la humanidad
y en todo el planeta.

Irradia, Señor,
la Luz de Tu Sacratísimo Corazón,
bajo la intercesión de sus Ángeles de la Guarda,
que hoy expanden sus alas
para proteger a los Hijos del Padre,
aquellos que han sido consecuentes con la oración del corazón,
que Te han adorado y Te han alabado,
que Te reconocieron y Te invocaron
como el Poderoso Señor del Universo y de la Tierra.

Oh, Amado Señor,
derrama Tus Gracias sobre ellos y el mundo.

Que las heridas más profundas y desconocidas sean curadas
para que los corazones, en este momento, se puedan liberar.

Escucha la voz de África,
escucha la voz de los que lloran y claman,
escucha la voz de aquellos que imploran
por el fin de este cautiverio.

Haz descender, a través de Mi Corazón, Señor,
Tu Poderoso Reino Celestial
para que estas almas inocentes y puras,
junto con los ángeles, los bienaventurados,
todos los santos y todos los seres de buena voluntad,
anuncien al mundo la Llegada del Salvador.

Por esa razón, Yo los consagró, en este día, con todo el Amor de Mi Corazón, con un Amor inextinguible e incomprensible que los lleva a la Verdad y a la Paz.

Vengan hacia Mí, Mis hijos, los Hijos de María, que el Espíritu Santo los bendiga en este momento, bajo la Gracia de Dios, por los Mil Años de Paz; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ahora, quiero escuchar el himno de su consagración, porque a través de este himno llegaré a las almas más necesitadas de África.

¡Canten, Hijos de María!

Les agradezco por haber estado Conmigo hasta los tiempos de hoy.

Los amo, siempre.

Mi Luz y Mi Protección estén sobre Mi hija Domingas, para que siempre pueda ser el pilar de Cristo, el puente entre el Cielo y la Tierra que lleve a las almas inocentes hacia Dios.

Por eso, hija Mía, también hoy te bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Canción: "Himno de los Hijos de María".